

La noche del 9

Histórica · Obra de 3 personajes · 2 mujeres, 1 indistinto · 45 min · Avanzado · Desde 12 años

Berlín Este, 9 de noviembre de 1989. La televisión acaba de anunciar que se podrá pasar al Oeste, y Lena, que salió de la cárcel hace dos años tras un intento de fuga, quiere cruzar esta misma noche. Su madre, Hanna, se niega a bajar a la calle. Entonces Alex, que vive en la puerta de enfrente, llama al timbre con una bolsa en la mano y una libreta que quiere entregar a Lena antes de irse.

Un piso en la sexta planta de la Karl-Marx-Allee, en Berlín Este, la noche del jueves 9 al viernes 10 de noviembre de 1989.

Reparto

HANNA (Papel femenino, Sénior) 60 años, puso ladrillos en esta avenida en 1952 y vive en ella desde entonces; jubilada desde marzo.

LENA (Papel femenino, Joven adulto) 26 años, su hija; trabaja en una lavandería desde que salió de la cárcel, en octubre de 1987.

ALEX (Sin marca de género, Adulto) unos cuarenta años, vive en la puerta de enfrente, en el mismo rellano; lleva el registro de visitas del edificio.

ACTO I: LAS SIETE Y MEDIA DE LA TARDE

ESCENA 1

(Una habitación que hace de salón y de cocina. Una mesa, una tabla de planchar, un televisor, una radio sobre el aparador, una ventana que da a la avenida. Hanna está sentada, con una caja de costura abierta delante. Cose un botón en un abrigo. En la televisión termina la sintonía del telediario de la noche.)

(Una llave en la cerradura. Entra Lena, sin aliento, con la chaqueta del trabajo.)

LENA. ¿Lo has oído?

HANNA. Cierra la puerta.

LENA. ¿Lo has oído, sí o no?

HANNA. Lo oiré si te callas.

(Lena cierra la puerta. En la televisión, un locutor lee un texto. Se distingue: «... los viajes privados al extranjero pueden solicitarse sin que concurren requisitos previos...»)

LENA. Eso. Eso es lo que dijo.

HANNA. ¿Quién?

LENA. En el metro. Un hombre lo había oído a las seis, en la rueda de prensa. Se lo repetía a todo el vagón, de pie, con un papel, lo había copiado. Nadie le creía. Una mujer le dijo que se sentara.

HANNA. Tenía razón.

LENA. Alguien le preguntó al del Politburó desde cuándo. Buscó en sus papeles. Mucho rato. Les dio la vuelta a las hojas. Y dijo: inmediatamente. Sin demora.

HANNA. Buscaba en sus papeles.

LENA. Y lo encontró.

HANNA. Escucha. Lo están leyendo otra vez.

(En la televisión: «... los permisos serán concedidos a corto plazo por los departamentos de pasaportes y empadronamiento de la Policía Popular...»)

HANNA. ¿Lo has oído? Los departamentos de pasaportes. La policía.

Concedidos. Eso quiere decir una ventanilla. Un formulario. Un sello.

LENA. A corto plazo.

HANNA. Mañana por la mañana. Las oficinas abren a las ocho. Vas con tu carné de identidad, haces cola, y dentro de una semana, a lo mejor...

LENA. Con mi carné de identidad.

(Un silencio. Hanna corta el hilo con los dientes.)

HANNA. ¿Has comido, en el comedor?

LENA. Mamá. Yo no tengo carné de identidad. Tengo un papel gris doblado en cuatro, con un número. El PM 12. ¿Tú crees que en la ventanilla le van a dar un visado al papel gris?

HANNA. Creo que lo han escrito para todo el mundo.

LENA. Eso crees tú.

HANNA. Yo leo lo que está escrito. Han escrito: solicitar. Se solicita y se espera. Siempre se ha hecho así.

LENA. Yo solicité irme, el año pasado. Una carta, por duplicado. Me citaron dos veces y me dijeron que mi caso no procedía.

HANNA. Tu caso.

LENA. La palabra no era mía.

HANNA. Mañana voy contigo a la oficina.

LENA. Tú.

HANNA. Me pongo el abrigo bueno, vamos a las siete, antes de que se forme la cola. Hablo yo. Tengo un carné de identidad, uno de verdad, una pensión, una medalla de la obra en el cajón. A las viejecitas con medallas las escuchan.

LENA. ¿Y qué les vas a decir?

HANNA. Que eres mi hija. Que quieres ver a tu tía de Wedding. Que volverás.

LENA. Tú no sabes si volveré.

HANNA. Ellos tampoco. Pero les gusta que se lo digan.

(Hanna busca otra bobina en la caja. Lena mira la caja, luego la ventana.)

HANNA. Tu botón colgaba de un hilo. Lo ibas a perder.

LENA. El botón me da igual.

HANNA. A mí no. Ya no hay botones como estos. Recorrí tres tiendas para encontrarlos.

LENA. Nunca ordenas nada, en esa caja.

HANNA. Está todo ahí. Yo sé dónde está cada cosa.

(Lena va a la ventana, mira la avenida.)

LENA. No hay nadie abajo.

HANNA. Es de noche. Hace frío. La gente está cenando.

LENA. El sábado, en Alexanderplatz, éramos quinientos mil. No me veía los pies. Nadie disparó. Nadie vino a buscar a nadie, después.

HANNA. Todavía no.

LENA. Ni siquiera bajaste a verlo.

HANNA. Lo vi en la televisión.

LENA. ¿En la nuestra?

HANNA. Lo pusieron. Por una vez, lo pusieron.

LENA. Ahora lo ponen todo. El martes dimitieron todos, el gobierno entero, y eso también lo pusieron. ¿Les viste las caras?

HANNA. Vi que se habían puesto la corbata.

(Un silencio. Lena se quita la chaqueta del trabajo y la tira sobre una silla.)

LENA. Me voy a la Heinrich-Heine-Straße. Está a veinte minutos andando.

HANNA. ¿A hacer qué?

LENA. A ver.

HANNA. ¿A ver qué? ¿Una barrera y dos soldados? Ya has visto barreras.

LENA. Si es sin demora, es esta noche.

HANNA. Esta noche las oficinas están cerradas.

LENA. No es una oficina, es una frontera.

HANNA. Aquí una frontera es una oficina. Con un fusil al lado.

LENA. Lo dices como quien da una receta.

HANNA. Lo digo como es. Mañana entras a trabajar a las seis.

LENA. Clasifico sábanas de hospital. Las sábanas pueden esperar. En el hospital están acostumbrados.

HANNA. ¿Y tu jefe?

LENA. Mi jefe me ha dicho esta tarde que está pensando en pedir el visado para ir a ver a su tía de Spandau. Me lo ha dicho a mí. En dos años nunca me había dado los buenos días.

(Hanna le tiende el abrigo, con el botón cosido.)

HANNA. Pruébalo.

LENA. Mamá.

HANNA. Pruébalo, que vea si está derecho.

(Lena se pone el abrigo. Hanna le abrocha el botón de arriba y da un paso atrás.)

HANNA. Está derecho.

LENA. Gracias.

HANNA. No te lo quites, ya que lo llevas puesto. Tienes frío, estás temblando.

LENA. He subido corriendo por la escalera. El ascensor sigue estropeado.

HANNA. Desde el lunes. Se lo dije a Alex. Alex dice que así no va más rápido.

LENA. Alex dice muchas cosas.

HANNA. Alex escribe lo que le piden que escriba.

LENA. Sí. Eso es justo lo que digo yo.

(Hanna se levanta para apagar la televisión. Lena le coge la mano.)

LENA. Espera. Déjala encendida.

HANNA. Ya han terminado.

LENA. Los del Oeste no.

ESCENA 2

(Las ocho. Hanna ha guardado la caja de costura. Lena espera de pie delante del televisor, con el abrigo puesto. Gira el botón de los canales. Otra imagen, otra sintonía: el telediario del Oeste. Una voz de hombre anuncia que la RDA abre su frontera. Hanna vuelve a sentarse.)

LENA. ¿Lo has oído?

HANNA. Lo he oído.

LENA. Ellos también lo dicen.

HANNA. Ellos dicen lo que les conviene.

LENA. Durante veinte años has dicho que mentían menos que los nuestros.

HANNA. Yo nunca he dicho eso.

LENA. Bajabas el volumen cuando Alex pasaba por el rellano. Es lo mismo.

(En la televisión pasan la rueda de prensa: un hombre con gafas, con unas hojas en las manos. Lena se acerca a la pantalla.)

LENA. Mira. Míralo cómo busca. No lo sabe. Ni siquiera sabe lo que tiene en las manos.

HANNA. ¿Y es con él con quien cuentas?

LENA. No cuento con él. Cuento con lo que ha dicho delante de todo el mundo. Eso ya no se puede retirar.

HANNA. Todo se puede retirar.

LENA. Delante de todo el mundo, no.

(Lena va a la puerta de su cuarto y desaparece un momento. Hanna mira la pantalla y luego quita el sonido. Lena vuelve con una postal que se mete en el bolsillo del abrigo.)

HANNA. Te llevas su postal.

LENA. Me llevo la dirección.

HANNA. La dirección te la sabes de memoria.

LENA. Detrás hay un plano. Dibujó el camino desde el metro.

HANNA. La mandó hace un año.

LENA. Catorce meses.

HANNA. Tres líneas en catorce meses.

LENA. Cuatro. Pregunta si estoy bien. Dice que hace repartos para una imprenta, que tiene una bicicleta. No pregunta nada más.

HANNA. A lo mejor se ha mudado.

LENA. A lo mejor. Llamaré a la puerta de los vecinos. Allí también hay vecinos.

(Lena abre el cajón del aparador y rebusca.)

HANNA. ¿Qué buscas?

LENA. Mi PM 12. Siempre lo dejo aquí, debajo de las facturas.

HANNA. Seguro que está en tu chaqueta.

LENA. Nunca está en mi chaqueta. Nunca lo meto en la chaqueta del trabajo, va a lavar con las sábanas.

(Saca del cajón un puñado de velas blancas, luego otro. Las deja sobre el aparador.)

LENA. ¿Por qué hay tantas velas aquí?

HANNA. Para los apagones.

LENA. No ha habido ningún apagón desde el invierno.

HANNA. Ya habrá otros.

LENA. Aquí hay para diez inviernos. Todas están un poco quemadas. Todas.

HANNA. Se vuelven a encender. Una vela no se tira porque se haya usado.

(Lena cierra el cajón.)

LENA. No está.

HANNA. Busca en tu cuarto.

LENA. Lo dejé ahí esta mañana. Lo saqué de la chaqueta a las seis menos cuarto, lo puse debajo de las facturas, cerré el cajón. Lo hago todas las mañanas desde hace dos años.

(Un silencio. Hanna mira la pantalla muda.)

LENA. Mamá.

HANNA. Ven a sentarte.

LENA. No quiero sentarme. Quiero mi papel.

HANNA. ¿Adónde vas a ir con tu papel? Hace dos horas estaba prohibido. Dentro de dos horas a lo mejor vuelve a estar prohibido. Y tú, con tu papel gris, te quedarás en medio, entre las dos cosas.

LENA. Me quedaré en medio, eso es. Aquí no.

HANNA. Conocen tu nombre. Lo conocen mejor que el mío.

LENA. Ven conmigo.

(Hanna no contesta.)

LENA. Ven. Solo a ver. Vamos andando hasta la Heinrich-Heine-Straße, miramos, si está cerrado volvemos y te hago un té.

HANNA. Yo no bajo.

LENA. Tienes sesenta años desde marzo. A los jubilados los dejan pasar desde siempre. Este verano podrías haber ido diez veces a ver el Oeste. Ni siquiera lo pediste.

HANNA. Yo allí no tengo a nadie.

LENA. Hace un rato tenía una tía en Wedding.

HANNA. Mi hermana nunca me ha invitado. Hace falta una invitación.

LENA. Te habría invitado. Nunca le has escrito.

HANNA. Yo no escribo al Oeste.

LENA. ¿Por qué?

HANNA. Porque las cartas las abren.

LENA. ¿Y qué? ¿Qué tienes tú que esconder?

(Un silencio.)

HANNA. Yo puse ladrillos en esta avenida. Tenía veinticuatro años, cargaba los cubos, en invierno calentábamos el mortero en braseros. Un día de junio, toda la obra bajó a la calle. Yo bajé con ellos. Cantábamos, estábamos contentos, éramos miles, como tú el sábado. Al día siguiente había tanques.

LENA. Eso fue hace treinta y seis años.

HANNA. ¿Y qué? Es la misma avenida.

LENA. No son los mismos tanques. El sábado no se movieron. En Leipzig no se movieron.

HANNA. Todavía no.

LENA. Siempre dices todavía no.

HANNA. Porque siempre es todavía no. Hasta el día en que es ahora.

(Lena tiende la mano, con la palma abierta.)

LENA. Dame mi papel.

(Un silencio. Hanna saca el PM 12 del bolsillo del delantal. Lo mira, lo despliega, lo vuelve a doblar, lo deja sobre la mesa. Lena lo coge.)

LENA. Lo tenías tú.

HANNA. Andaba por el aparador.

LENA. Estaba debajo de las facturas.

HANNA. Andaba por debajo de las facturas.

LENA. ¿Por qué?

HANNA. Quería guardarlo.

LENA. Siempre me guardas los papeles. Lo guardas todo.

HANNA. Alguien tiene que hacerlo.

(Lena mete el PM 12 en el bolsillo interior del abrigo. Va hacia la puerta.)

HANNA. La bufanda.

LENA. No tengo frío.

HANNA. Ahora no tienes frío.

(Lena vuelve y coge la bufanda del perchero.)

LENA. Si está abierto, paso.

HANNA. Ya lo sé.

LENA. No te lo pregunto. Te lo digo.

HANNA. No me has pedido nada en dos años.

LENA. Acabo de pedirte que vengas.

(Un silencio.)

HANNA. Vete.

(Lena sale. La puerta. Sus pasos en la escalera, cada vez más lejos. Hanna se queda sentada. En la pantalla muda, todavía imágenes de la rueda de prensa. Apaga la televisión. Va al aparador, coge una de las velas que Lena ha sacado y la sostiene un momento. La vuelve a meter en el cajón, con las demás, y lo cierra.)

ACTO II: LAS DIEZ Y VEINTE DE LA NOCHE

ESCENA 1

(La misma habitación. La tabla de planchar está abierta, con un montón de ropa al lado. Hanna plancha. La radio está encendida, baja. Una voz de hombre, en la radio del Oeste, habla de miles de personas delante del paso de Bornholmer Straße. Detrás de la voz, una multitud que corea.)

(Suena el timbre. Hanna deja la plancha. Vuelve a sonar. Apaga la radio y va a abrir. Alex está en el rellano, con abrigo y una bolsa de deporte en la mano.)

ALEX. Buenas noches, Hanna.

HANNA. Son las diez y veinte.

ALEX. Había luz debajo de su puerta.

HANNA. Usted siempre ve la luz debajo de las puertas.

ALEX. ¿Está Lena?

HANNA. No.

ALEX. ¿Desde cuándo?

HANNA. ¿Por qué?

ALEX. Oí a alguien bajar corriendo, hacia las ocho. Justo antes de bajar yo también.

HANNA. ¿Es que usted no duerme nunca?

ALEX. Esta noche no. Esta noche no duerme nadie. Vengo de Bornholmer. Hay miles de personas delante del puente. La gente grita: abrid la puerta.

HANNA. Pase. Está dejando entrar el frío.

(Alex entra. Hanna cierra. Alex no suelta la bolsa.)

HANNA. Se va de viaje.

ALEX. En el puente, antes de coger otra vez el tren, empezaron a dejar pasar a algunos. A los que estaban más cerca de las verjas, a los que gritaban más fuerte. Un guardia coge el carné de identidad, le pone un sello y hace una seña: adelante.

HANNA. Entonces es verdad.

ALEX. El sello lo ponen sobre la foto. Justo encima de la cara.

HANNA. Encima de la cara.

ALEX. Un hombre que estaba a mi lado lo vio, en el carné de alguien que volvía hacia la verja para llamar a su mujer. Dijo: en la foto, eso quiere decir que te tachan. Ya no eres de aquí. Ya no vuelves.

HANNA. ¿Y la gente lo sabe?

ALEX. Los que pasan no miran el carné. Corren.

(Hanna mira la puerta, luego la ventana.)

HANNA. Lena quería ir a la Heinrich-Heine-Straße.

ALEX. En Bornholmer había gente que venía de la Heinrich-Heine. Allí está cerrado. Venían de todas partes.

HANNA. Lleva su papel gris. Con su papel gris no la van a dejar pasar.

ALEX. Esta noche no miran el color de los papeles.

(Un silencio. Hanna vuelve a coger la plancha y la deja otra vez sin planchar.)

HANNA. Y usted quiere su sello.

ALEX. Sí.

HANNA. Encima de la cara.

ALEX. Sí.

HANNA. Usted ha vivido siempre aquí. Sus padres están en el cementerio de Friedrichsfelde, les lleva brezo cada otoño. Tiene un trabajo. Sus geranios del balcón, los únicos del edificio que pasan el invierno. Lleva quince años con el registro de la casa. ¿Qué prisa tiene por no volver nunca?

ALEX. Quería ver a Lena antes.

HANNA. ¿Por qué?

ALEX. Tengo algo que darle.

HANNA. Démelo a mí. Yo se lo daré.

ALEX. No.

HANNA. No se fía.

ALEX. No es cuestión de fiarse. Tiene que pasar de mi mano a la suya. No por una tercera mano.

(Hanna alarga la mano hacia la bolsa. Alex aprieta la bolsa entre los brazos.)

HANNA. Está ahí dentro.

ALEX. Hanna.

HANNA. Si no quisiera decirme nada, no habría llamado. Habría esperado en el rellano, con la oreja pegada a la puerta. Eso de esperar en el rellano se le da muy bien.

(Un silencio.)

ALEX. El registro. Usted sabe lo que es. Quién viene a dormir a casa de quién. El nombre, la fecha, el número de noches. La policía lo mira una vez al año, y nada más.

HANNA. Sé lo que es. Firmo en él cada vez que viene mi prima de Cottbus.

ALEX. Había un segundo registro.

HANNA. Lo sé.

ALEX. No lo sabe.

HANNA. Una libreta negra con una goma. La lleva en el bolsillo izquierdo del abrigo. Una noche, en el rellano, estaba escribiendo en ella y se apagó la luz de la escalera. Terminó la línea a oscuras.

ALEX. Una libreta no quiere decir nada.

HANNA. No. Pero un día un hombre me dijo a qué hora subía Tobias a casa por las noches. Al minuto. También sabía que Tobias llevaba zapatos del Oeste. En este rellano solo había una puerta que pudiera saber eso.

ALEX. ¿Qué día?

HANNA. En 1986.

ALEX. Después de la detención.

HANNA. En 1986.

(Un silencio. Alex deja la bolsa sobre una silla, la abre y saca una libreta negra sujeta con una goma.)

ALEX. En 1979 encontraron en mi casa discos, libros y una lista de nombres para una carta al periódico. Me dieron a elegir entre una cosa y otra. Elegí la otra. Una cita al mes, en un piso de la Frankfurter Allee, con un hombre muy educado que servía café. Yo le contaba el edificio. Quién recibe visitas. Quién escucha la radio del Oeste. Quién tiene zapatos nuevos. Me decía: eso ya lo saben. Me decía: si no soy yo, será alguien peor. Y por la noche lo copiaba todo en esta libreta. Para saber exactamente lo que había dado. Para no dar más.

HANNA. Y entregó a Lena.

ALEX. Van a abrir los archivos, Hanna. Esta noche la frontera, y después, los archivos. Lo que se escribió, alguien lo va a leer. No quiero que Lena lo lea en una oficina, con mi nombre en lo alto de la página. Quiero que lo lea esta noche, de mi mano.

HANNA. Y después cruza el puente, y ya no está aquí para verle la cara.

ALEX. Sí.

HANNA. Qué cómodo.

ALEX. Esta noche no hay nada cómodo.

HANNA. ¿Qué hay sobre mí?

ALEX. Lo que vi.

HANNA. Léame una.

(Alex abre la libreta al azar y lee.)

ALEX. «12 de abril de 1984. H. canta mientras plancha, con la ventana abierta. Una canción de antes de la guerra, hasta el final.»

HANNA. ¿Eso es todo?

ALEX. Ese día, sí.

HANNA. ¿Y los otros días?

(Alex cierra la libreta.)

ALEX. Los otros días los leerá Lena primero.

HANNA. Ya no canto cuando plancho.

ALEX. Lo sé. Desde marzo de 1986.

(Una llave en la cerradura. Hanna y Alex se vuelven hacia la puerta. Alex sigue con la libreta en la mano.)

ESCENA 2

(Entra Lena, con abrigo y bufanda, las mejillas rojas. Ve a Alex y se para.)

LENA. ¿Qué haces aquí?

ALEX. Te estaba esperando.

LENA. ¿Por qué le abres a Alex?

HANNA. Han llamado. He abierto.

LENA. Tú nunca abres después de las nueve.

HANNA. Has vuelto.

LENA. He vuelto.

HANNA. Estaba cerrado.

LENA. La Heinrich-Heine, sí. Dos soldados que tenían edad de estar en el colegio nos dijeron que volviéramos mañana con un visado. Un hombre gritó que en Bornholmer se pasaba. Corrimos al S-Bahn, treinta, cuarenta, fuimos andando desde la Schönhauser Allee. Había gente hasta en la calzada, entre los Trabant parados con el motor en marcha. Gente en zapatillas, mamá. Un hombre con el pijama debajo del abrigo.

(Va al televisor, lo enciende y baja el volumen.)

HANNA. ¿Y tú?

LENA. Estaba a veinte metros de la verja. Delante de mí había una pareja. Solo querían ver. Habían dejado a sus hijos dormidos, me lo contaron entre

la gente, me enseñaron la llave de su casa. El guardia les cogió los carnés, les selló algo, yo no veía qué. Detrás de mí alguien dijo: esos ya no vuelven. La mujer preguntó: ¿podremos volver, después? El guardia no contestó. Se miró los zapatos. Y pasaron. Iban por el puente volviéndose a mirar. Ella llevaba la llave en la mano.

(Un silencio.)

LENA. Así que me di la vuelta. He vuelto a buscarte.

HANNA. A buscarme.

LENA. Si es para siempre, tú vienes. No voy a pasar sin ti para no volver nunca. Dos veces no.

HANNA. Lena.

LENA. Coges el abrigo, una bolsa, las fotos de papá, la cartilla de la pensión. Lo demás lo dejamos. Lo demás es suyo.

HANNA. Yo no bajo.

LENA. Entonces no paso.

HANNA. No digas eso.

LENA. Me quedo aquí, clasifico sábanas, subo esta escalera, paso delante de la puerta de enfrente. Toda la vida.

(Se vuelve hacia Alex.)

LENA. ¿Y tú te vas? ¿Has hecho la bolsa?

ALEX. Sí.

LENA. ¿Quién va a llevar el registro?

ALEX. Otra persona.

LENA. Siempre hay otra persona. ¿Y tú también quieres el sello?

ALEX. Sí.

LENA. Por una vez, tu nombre estará en la lista buena.

ALEX. Antes de irme, quiero que leas esto.

(Alex le tiende la libreta. Lena no la coge.)

LENA. Yo no cojo nada de tu mano.

ALEX. No coges nada. Lees. Después, si quieres, la tiras por la ventana.

LENA. ¿Qué es?

ALEX. Lo que conté de esta planta. De ti, de Tobias, de tu madre. Desde 1979. Cada cita. Lo copiaba todo.

(Un silencio.)

LENA. Lo sabía.

ALEX. Sí.

LENA. Tres años sabiéndolo. Tres años subiendo con los ojos en tu puerta. Cuando pasaba, la mirilla se ponía negra. Yo contaba los segundos hasta que volvía a aclararse.

ALEX. Lee.

(Lena coge la libreta y quita la goma. La hojea, se detiene, lee.)

LENA. «14 de enero de 1986. T. sube a la sexta planta a las 21.10. No vuelve a bajar. Zapatos del Oeste, marrones, cordones nuevos.» Cordones nuevos.

ALEX. Querían detalles. Un detalle era una cita más sin que me pidieran otra cosa.

LENA. «1 de febrero. L. y T. salen a las 7 con una bolsa de deporte. Vuelven a las 19, con el pelo mojado.» El pelo mojado.

ALEX. Yo no sabía por qué.

LENA. Íbamos a nadar. Todos los sábados, en febrero. Una hora de largos, y luego una hora metidos en el agua fría de las duchas, sin movernos, para acostumbrarnos. Nos viste el pelo mojado y lo escribiste.

ALEX. Escribí pelo mojado. Nunca escribí por qué. Nunca supe por qué. A mí no me decían nada. Lee hasta el final, Lena. No hay nada. Ni una palabra de la fuga. Ni el día, ni el sitio, ni el agua. Yo no lo sabía.

LENA. Mientes.

ALEX. Lee.

(Lena pasa las páginas. Se detiene.)

LENA. «3 de marzo. H. sale sola a las 22. Sin bolsa. La traen de vuelta a las 0.40 en un coche gris. Un hombre le abre la puerta del coche. Ella no le da la mano.»

(Un silencio. Lena vuelve a leer la línea, con los ojos.)

LENA. El 3 de marzo.

ALEX. No sé qué quiere decir. Escribí lo que veía desde la ventana de la escalera. Es lo único que he hecho nunca.

LENA. «5 de marzo. 5.30. Suben tres hombres. Vuelven a bajar a las 6.05 con L. y T.» El 5 de marzo.

(Levanta los ojos hacia Hanna.)

LENA. Tú nunca sales por la noche.

HANNA. No.

LENA. Nunca has salido por la noche. Ni una vez desde que nací.

HANNA. Una vez.

LENA. ¿Dónde estabas?

HANNA. Alex, déjenos.

(Alex no se mueve.)

LENA. Un coche gris. Un hombre que te abre la puerta. ¿Dónde estabas, el 3 de marzo?

(Un silencio.)

HANNA. Fui yo.

LENA. ¿Cómo que tú?

HANNA. El 3 de marzo, a las diez de la noche, fui a la comisaría. Pedí hablar con alguien. Me hicieron esperar en un banco. Llegó un hombre, sin uniforme. Le dije el día y el sitio.

(Lena se queda inmóvil. Tiene la libreta abierta en la mano. Alex cierra la bolsa, despacio, sin apartar los ojos de Hanna.)

(En la televisión, que nadie mira, un presentador del Oeste dice que esta noche las puertas del Muro están abiertas de par en par.)

ACTO III: LAS DOCE MENOS CUARTO

ESCENA 1

(La misma habitación. La televisión está apagada. La bolsa de Alex ya no está. Lena está sentada a la mesa, con el abrigo puesto. Delante de ella, la libreta cerrada, una taza de té llena y una bolsa grande de plástico, llena, anudada por las asas. Hanna está de pie junto al aparador. Fuera, de vez en cuando, un claxon.)

HANNA. Se te enfrió el té.

LENA. He hecho la bolsa.

HANNA. Ya lo veo.

LENA. La bolsa de Hoheneck. Me la dieron a la salida, con mis cosas dentro. Todavía aguanta.

HANNA. Hacen bolsas resistentes.

LENA. Vuelvo a Bornholmer. Doy mi papel gris, me ponen su sello, y no vuelvo. Esta vez lo quiero, el sello. Como Alex.

HANNA. ¿Ya qué esperas?

LENA. A que me digas por qué.

(Un silencio.)

HANNA. Habías dejado una carta en la caja de costura. Debajo de las bobinas. La habías doblado en cuatro, como tu papel gris. En el sobre habías escrito: abrir después.

LENA. Después.

HANNA. Después del 6. Pensabas que no iba a coser nada en una semana. El lunes, Tobias se pisó el bajo del pantalón en la escalera. Me lo dejó para que se lo arreglara. Busqué hilo gris.

LENA. La abriste.

HANNA. En el sobre ponía mi nombre.

LENA. Ponía después.

HANNA. Ya sé lo que ponía.

LENA. El 5 por la mañana lo registraron todo. Los colchones, los cajones, tu caja volcada en la alfombra. Creí que la habían encontrado ahí. Y el día, el sitio, creí que Alex nos había oído, a Tobias y a mí, una noche que hablábamos de eso en la escalera. Tres años creyéndolo.

HANNA. ¿Y la caja?

LENA. Desde que volví no la he vuelto a abrir. Ni una vez. No quería saber si la carta seguía ahí.

HANNA. El 5 la tenía en el bolsillo del delantal.

(Un silencio.)

HANNA. Leí: el canal, en Treptow. La noche del 6. Tobias va delante, nada mejor. No te preocupes, el agua no está tan fría si te mueves. Mamá, te escribiré desde el otro lado.

LENA. Te la sabes de memoria.

HANNA. En marzo el agua está a cuatro grados. Lo pregunté en la piscina esa misma tarde, a la taquillera. Le dije que era para un crucigrama. Cuatro grados. Y los reflectores. Y los perros en la orilla. Y los que disparan, que tienen diecinueve años y cobran una prima cuando aciertan. Tobias nada bien. Tú nadas como yo. Haces diez largos y te agarras al borde.

LENA. Me había entrenado.

HANNA. Tres sábados.

LENA. Cinco.

HANNA. Cinco sábados en el agua de las duchas.

(Un silencio.)

HANNA. Me puse el abrigo. Fui andando hasta la comisaría. Me decía: les voy a decir que están preparando una tontería, los llamarán, les meterán miedo, y el 6 no pasará nada. El hombre sin uniforme me escuchó. Fue muy educado. Me dijo: vamos a citarlos. Una citación, una advertencia. Son jóvenes. Me lo repitió en el coche, al traerme. Citación. Dijo la palabra tres veces.

LENA. Y te lo creíste.

HANNA. Quería creérmelo. Es lo mismo.

LENA. No es lo mismo.

HANNA. El 5, a las cinco y media, llamaron a la puerta. Pensé: es la citación, vienen a traerla ellos mismos, por la hora, para que dé miedo. Abrí. Hasta puse agua a calentar para el café.

LENA. ¿Y Tobias?

HANNA. ¿Qué pasa con Tobias?

LENA. Les diste el día y el sitio. Él también estaba en el día y el sitio.

HANNA. Solo pensé en ti.

LENA. En los interrogatorios, antes de que el Oeste lo comprara, le dijeron que había sido yo. Que lo había contado todo, para que me cayera menos. Le enseñaron mi firma al pie de una hoja.

HANNA. Tu firma.

LENA. Allí dentro todo el mundo firma hojas. Se firma para que te dejen dormir. Cuatro líneas en catorce meses, mamá. Es por eso. Cree que fui yo.

HANNA. Dile que fui yo.

LENA. ¿Esta noche?

HANNA. Esta noche. Dile el banco, la hora, el coche gris. Dile que puse agua a calentar.

(Lena no contesta. Se levanta, va a la ventana, de espaldas.)

LENA. ¿Sabes lo que hay en Hohenschönhausen? ¿En las celdas?

HANNA. No.

LENA. Nada. Una cama, un cubo, una ventana de ladrillos de vidrio. No se ve el cielo. Se duerme boca arriba, con las manos encima de la manta, si no, golpean la puerta. Cada diez minutos, la mirilla. Toda la noche. Seis meses. Después Hoheneck, un castillo con rejas. Cosíamos sábanas. Sábanas para el Oeste, para un catálogo. Yo cosía sábanas que la gente de Hamburgo iba a comprar para dormir en ellas.

HANNA. Yo no sabía dónde estabas. Durante tres meses nadie quiso decirme dónde estabas.

LENA. Nadie sabía nada. Todo el mundo lo sabía todo, y nadie sabía nada.

(Un silencio. Vuelve a la mesa, abre la libreta, pasa páginas, más allá de la línea del 3 de marzo.)

LENA. «6 de marzo. Vela en la ventana de H., 22 h.» «7 de marzo. Vela.» «8 de marzo. Vela.»

(Pasa varias páginas.)

LENA. Vela. Vela. Vela. No hay nada más. Páginas enteras. Junio. Diciembre. «24 de diciembre. Vela. Dos.» Marzo, al año siguiente: vela. «17 de octubre de 1987. L. vuelve a las 15 h, con una bolsa de plástico. Sin vela.»

(Cierra la libreta.)

LENA. Por eso el cajón.

HANNA. Tú estabas en algún sitio a oscuras. Me decía: si está a oscuras, al menos hay esta luz. Aunque no la vea. Es una tontería.

LENA. En Hohenschönhausen nunca estaba oscuro. Eso es lo que hacen. La luz se queda encendida y la mirilla se abre toda la noche. Seis meses sin ver la oscuridad ni una sola vez. En Hoheneck, la oscuridad era el castigo. Una celda en el sótano, sin ventana, sin cama. Tres días, por contestarle a una guardiana.

HANNA. No lo sabía.

LENA. No.

(Un silencio. Hanna va a la caja de costura, levanta las bobinas y saca un sobre doblado. Lo deja en la mesa, delante de Lena.)

LENA. La guardaste.

HANNA. ¿Dónde querías que la pusiera?

LENA. En un cajón de comisaría. ¿La tienen ellos, ahora, o no la tienen?

HANNA. El hombre la leyó. Me la devolvió. Dijo: guárdela, señora, la ha escrito su hija.

LENA. Te hizo firmar algo.

HANNA. Una hoja. No la leí.

LENA. Cuando abran los archivos, la leeré yo.

HANNA. La leerás.

LENA. ¿Por qué no dijiste nada cuando volví? Dos años. Dos años sentada a la mesa delante de mí.

HANNA. Abriste la puerta con tu llave. Dejaste la bolsa de plástico. Dijiste: tengo hambre. Hice la comida. Al día siguiente ya era un día tarde. Y al otro, dos días. Eso no se recupera. Una se levanta, hace el café, cose los botones.

(Lena coge el sobre, no lo abre, se lo mete en el bolsillo del abrigo. Fuera, cláxones, cada vez más. Lena enciende la radio. Una voz de hombre habla deprisa: en Bornholmer Straße han levantado la barrera, los guardias han desistido, la gente pasa sin enseñar los papeles. Detrás de la voz, gritos, risas.)

LENA. Escucha.

(En la radio, la voz dice que algunos ya están volviendo sobre sus pasos, y que los dejan entrar.)

LENA. Vuelven.

HANNA. Vuelven.

LENA. Ya no sellan nada. Se va a ver, y se vuelve a dormir a casa.

(Lena mira la bolsa de plástico sobre la mesa. Las dos escuchan. Lllaman a la puerta, tres golpecitos.)

ESCENA 2

(Hanna va a abrir. Alex está en el rellano, con la bolsa de deporte en la mano y el abrigo abierto.)

ALEX. ¿Lo han oído?

HANNA. Lo estamos oyendo.

ALEX. Han levantado la barrera. Ya no miran nada. Ni los carnés ni las caras. Hay gente que pasa con el perro. Hay una mujer empujando un cochecito, a estas horas. Abajo dicen que los primeros ya han vuelto: se han tomado un café al otro lado y vuelven a casa a acostarse.

LENA. Entra.

(Alex entra. Un silencio. Nadie se sienta.)

ALEX. Antes, después de «Fui yo», no pude cruzar el puente. Dejé la bolsa en la entrada de mi casa y esperé detrás de la puerta. Una hora. La libreta estaba en su casa, y ustedes dos, con eso, al otro lado del rellano. Escuchaba por si alguien bajaba. Nadie. Cuando la radio dijo que levantaban la barrera, cogí otra vez la bolsa. Bajé los seis pisos. En la calle, la gente va andando hacia Alexanderplatz por el medio de la calzada. Los Trabant tocan el claxon con las ventanillas bajadas, la gente les da palmadas en el techo. Una chica me dio un trago de espumoso, a morro. Yo tenía la bolsa en la mano. Volví a subir los seis pisos.

LENA. ¿Por qué?

ALEX. Ya no hay sello. ¿Lo entiendes? Había hecho la bolsa para no volver nunca. Y ahora vuelve todo el mundo. Ya ni siquiera puedo irme para siempre. Han abierto demasiado.

HANNA. Siempre puede no volver.

ALEX. Los archivos no se mueven. Están en la Normannenstraße, con mi nombre dentro. El puente no cambia nada.

(Alex deja la bolsa en el suelo, junto a la puerta.)

LENA. ¿Sabes lo que pone al final de tu libreta?

ALEX. Vela.

LENA. Durante diecinueve meses.

ALEX. No sabía qué otra cosa escribir. Algo tenía que escribir sobre esta planta. Ya no había otra cosa, por la noche, en su ventana. Un día, el hombre de la Frankfurter Allee me dijo que dejara de apuntarla. Dijo: una vela no es una información. Seguí escribiéndola de todos modos. En la libreta. No para él.

LENA. ¿Para quién?

ALEX. No lo sé. Para que alguien la hubiera visto.

(Lena coge la libreta de la mesa y la cierra con la goma.)

LENA. Me la quedo.

ALEX. Es tuya.

LENA. No es mía. Es tuya. Me la quedo. Cuando abran los archivos, pondré las dos una al lado de la otra, la tuya y la suya. Miraré si lo copiaste todo.

ALEX. Lo copié todo.

LENA. Ya veremos.

ALEX. Sí. Ya veremos.

LENA. El 3 de marzo viste el coche gris. Lo escribiste.

ALEX. Sí.

LENA. Y el 5 por la mañana viste cómo me llevaban.

ALEX. Sí.

LENA. Todo este tiempo sabías que no habías sido tú. La mirilla, tú también la veías.

ALEX. Lo sabía.

LENA. Podrías habérmelo dicho. Una línea. Las escribes tan bien, las líneas.

ALEX. ¿Y qué te iba a decir? ¿Que tu madre volvió tarde en un coche gris? No sabía más. Y tenías razón en mirarme así. No por aquel día. Pero tenías razón.

HANNA. Alex no ha dicho nada, por mí.

ALEX. Y por mí también. Si hubiera hablado de ese coche, habría tenido que decir desde dónde lo veía.

(Lena se mete la libreta en el bolsillo del abrigo, junto al sobre. Se vuelve a abrochar el botón de arriba.)

LENA. Me voy a ver.

HANNA. ¿Adónde?

LENA. Al otro lado. Bornholmer, o donde sea. Dicen que también abren en la Invalidenstraße. Andaré hasta encontrar un sitio por donde se pase.

HANNA. ¿Y Tobias?

LENA. No sé si me espera. No sé si yo lo espero. No lo veo desde hace tres años y ocho meses. Ya ni me acuerdo de su voz. Sé el color de sus cordones porque está escrito en una libreta.

(Un silencio.)

LENA. ¿Vienes?

HANNA. No.

LENA. Vuelven, mamá. Lo has oído. Se pasa, se mira, nos tomamos un café del Oeste y volvemos.

HANNA. Lo sé.

LENA. ¿Entonces?

HANNA. Ve a ver por mí.

LENA. No es lo mismo.

HANNA. No. Pero es lo que puedo.

(Un silencio.)

HANNA. Tráeme un botón.

LENA. Un botón.

HANNA. Para tu abrigo. Le falta uno abajo desde el invierno pasado. Allí seguro que tienen, de estos.

LENA. A medianoche las mercerías están cerradas. Incluso allí.

HANNA. Pues mañana.

(Un silencio.)

LENA. Mañana.

(Lena va hacia la puerta, sin la bolsa de plástico. Se detiene, saca la llave del bolsillo, la mira.)

HANNA. Llevas la llave.

LENA. Llevo la llave.

(Vuelve a guardarse la llave en el bolsillo. Mira a Alex.)

LENA. ¿Vienes, o te quedas en la ventana de la escalera?

ALEX. ¿Contigo?

LENA. Delante. Conmigo no. Delante de mí. Que te vea.

(Alex mira la bolsa junto a la puerta.)

ALEX. ¿Puedo dejarla aquí? Hasta mañana.

HANNA. Yo lo guardo todo. Usted lo sabe.

ALEX. Lo sé.

(Alex sale, sin la bolsa. Lena se queda un momento en el umbral.)

LENA. Vuelvo.

(Sale. La puerta se cierra. Sus pasos en la escalera, a la par, y luego solo el ruido de la calle.)

(Hanna se queda sola. Abre la ventana. Entra el ruido: cláxones, voces, alguien canta. Va al cajón del aparador, coge una vela y una caja de cerillas. Pone la vela en el alféizar, detrás del cristal, y cierra la ventana. Rasca una cerilla y enciende la vela.)

(Coge su abrigo del perchero, se lo pone y se lo abrocha hasta arriba. Se sienta en una silla, frente a la ventana, con las manos sobre las rodillas. La luz de la habitación baja. Solo queda la vela.)



Ensaya este texto con Acto

Una voz te da la réplica, lo aprendes a tu ritmo y te pones a prueba.

acto.re/biblio

Qué puedes hacer con él

Texto original escrito para Acto. Léelo, imprímelo, trabajalo en clase, interprétalo en un casting o en un self-tape: para eso está, y no tienes que pedir nada. Para una representación pública o un uso comercial, escribenos a contact@acto.re.